

Anderssen Banchero (1925-1987): «Ese es un escritor»

En este 2025, cuando se cumplen cien años del nacimiento del escritor, la familia donó al Archivo Literario de la Biblioteca Nacional una serie de documentos, fotografías y los borradores a máquina de la novela *Territorio en calma*. Terminada en 1981, Banchero la dejó sin publicar, pero la narración fue la cantera —luego de sucesivas reelaboraciones— de algunas de sus obras. Heber Raviolo, que editó la totalidad de sus libros y dialogó con el autor durante veinticinco años, señaló que la primera parte de ese inédito pasó a ser *Las orillas del mundo* (1980), y que fue «canibalizado» en *Ojos en la noche* (1985) y *Los regresos* (1989). En 2011, la editorial Irrupciones recopiló sus obras en tres tomos. Publicamos en su homenaje un extracto de la conferencia que dió Raviolo luego de la muerte del escritor y los primeros folios del borrador de *Territorio en calma*.¹

Conferencia de Heber Raviolo²

Cuando los compañeros del Club Banco de Seguros me propusieron este homenaje a Banchero, se me planteó el mismo dilema que, como enseguida lo confesaron, también se les había planteado a ellos: cuál habría sido la reacción de Juancito —como lo llamábamos— si hubiera podido opinar sobre el asunto. Y hubo opinión unánime al respecto: una carcajada sarcástica y alguna expresión irreproducible. También coincidimos todos en mandar al diablo a la opinión de Juancito y en no quedarnos con las ganas de expresar de alguna manera, públicamente, lo que realmente fue esa relación un tanto equívoca o contradictoria que durante más de treinta años

¹ Agradecemos al Archivo Literario de la Biblioteca Nacional de Uruguay por el material que mostramos en las páginas que siguen a esta conferencia. El borrador de *Territorio en calma* consta de 166 folios mecanografiados con correcciones a mano (en bolígrafo); los seis últimos folios están enteramente manuscritos con bolígrafo.

² Tomamos el texto del libro *Escritos sobre literatura uruguaya* de Heber Raviolo (selección y prólogo de Oscar Brando. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental / Fundación Lolita Rubial, 2015, pp. 388-394). Allí se informa que la conferencia fue reproducida de una copia mecanografiada en once hojas tamaño carta.

Banchero mantuvo con la actividad administrativa y, sobre todo, con los compañeros que lo rodearon en esa actividad administrativa.

Cualquiera que haya leído sus cuentos, sobre todo los de sus últimos libros, sabe que Banchero fue mordaz, cruel, con muchos aspectos del mundo oficinesco que le tocó vivir, ese mundo donde, según escribió, «íbamos a fosilizar las infinitas posibilidades de la vida todos los semimongólicos del país».

Pero también sabemos que vivió en esas oficinas buena parte de su vida, que en ellas encontró a varios de sus amigos más entrañables y que, cuando se sintió impulsado a clavar el escarpelo en ese mundo, lo hizo clavándose también a sí mismo, sin adoptar poses de superioridad, sintiéndose copartícipe y corresponsable.

Conocimos personalmente a Banchero a principios de 1963. El encuentro, recuerdo, fue en un bolichito que quedaba en la entonces diagonal Agraciada, frente al Banco, y que no estoy del todo seguro si aún existe. Me lo presentó un querido amigo común: Hugo Cores, que días antes me había hablado con entusiasmo de los cuentos de ese compañero de oficina, medio reacio a buscarse por sí mismo un editor para un pequeño libro de relatos. Lo había titulado *Reducto-Montevideo* y —como resultado de una de nuestras primeras discusiones— se transformó en *Mientras amanece*.

En realidad, Banchero no era un desconocido para mí. A comienzos de la década del cincuenta había obtenido dos menciones en un concurso literario de la revista *Asir*, y entre los años 52 y 53 esos cuentos aparecieron en la revista.

Como él mismo dice en el texto de contratapa de la primera edición de *Mientras amanece*, durante mucho tiempo fue concurrente



FIG. 1. Colección Anderssen Banchero, BNU.

a las reuniones que el grupo *Asir* realizaba en la calle Coquimbo, es decir, en el domicilio de Domingo Bordoli, entrañable conductor de aquellas azarosas caóticas reuniones, que Banchemo refleja en *Los regresos*, la novela inédita que nos dejara poco antes de morir y que publicaremos próximamente.

Fue Bordoli, precisamente, amigo, profesor, discutidor, contradictorio, brillante, arbitrario, pero por encima de todo, poseedor de una insólita capacidad de contagiar su entusiasmo por las cosas, de hacernos descubrir, a los que entonces éramos sus alumnos, el lado cuasi mágico de las realidades más sencillas y cotidianas, el que nos habló un día de los cuentos de Banchemo. Era por 1962, Banda Oriental tenía un año y pico de vida y en ese lapso había publicado cinco pequeños libritos, lo cual no dejaba de ser una hazaña para la época. Y examinando y discutiendo posibles títulos para incorporar al catálogo de la novel editorial, en una de las noches que se alargaban hasta casi la madrugada en el Submarino Peral de Rivera y Joaquín Requena, Mingo nos habló de los cuentos de Banchemo, un personaje con más pinta de boxeador peso gallo que de escritor, que años atrás había sido concurrente asiduo a las reuniones de la calle Coquimbo. Recuerdo que sus palabras fueron más o menos estas:

De los nuevos, el que vale es Banchemo. No sé qué es de su vida. Está viviendo afuera. A veces mete la pata, pero tiene fuerza y cuando escribe se juega entero. Ese es un escritor. ¿Por qué no lo buscás, a ver si tiene algo?

No lo busqué, y en realidad no tuve necesidad, porque tres o cuatro meses después me lo trajo Hugo.

Y así, en agosto de 1963 Banda Oriental pudo poner en librerías su volumen número seis.

Después siguieron 25 años de amistad, durante los cuales publicó cuatro libros más, sin ningún apuro, porque nunca la posó de escritor profesional, pese a que realmente era pura, realmente y esencialmente *escritor* y ninguna otra cosa, y pese a que tenía muy clara conciencia de ello.

Ser escritor —decía en 1963— fue siempre mi aspiración más seria, y creo que esta tentativa es lo único que cuenta al fin, lo único que puede interesar. Mientras fui viviendo —repartí pan con canasto,

trabajé en fábricas, cargué bolsas, jugué al fútbol— iba tomando nota de los ambientes, de los tipos, de eso tan superior a cualquier fantasía que es la vida, la realidad. Estoy siempre preocupado por ese propósito de llegar algún día a ser un escritor. Abandoné los estudios en segundo año de Secundaria, iba al Liceo Nocturno y me atraían irresistiblemente los cafés y las reuniones de los estudiantes de izquierda.

Por cierto que su ingenua preocupación se cumplió y sus cinco libros le alcanzaron y sobraron no solo para ser un escritor, sino para delimitar una obra absolutamente original en nuestra narrativa que, seguramente, el tiempo irá decantando e imponiendo, con la lentitud a la que parecen irremediabilmente condenados la mayoría de nuestros escritores más importantes, desde Morosoli hasta Onetti o Felisberto.

No es esta la ocasión de hablar de esa obra, así, en general, ya que le daríamos a esta charla un empaque que no queremos darle, pues de alguna manera la carcajada irónica de Juancito se nos aparece como un eco detrás de lo que hablamos. [...]

El tema político en sentido estricto no abunda en la obra de Banchero. En realidad recién aparece en su último libro, *Ojos en la noche*, con algunas puntas en *Las orillas del mundo*. Decimos en sentido estricto —o limitado— porque, en realidad, desde el primer cuento de su primer libro, el patético «Hormiga negra», hay en toda su obra una preocupación por el tema social, que tiene un trasfondo político indudable, aunque Banchero, desde su punto de vista cada vez más definidamente ácrata o libertario, nunca se preocupó por enmarcarla en fórmulas, en esquemas, nunca se preocupó por inventar soluciones de dudosa procedencia literaria para problemas, seres y conflictos que lo golpeaban como tales, sin que se sintiera inclinado al simplismo de encontrarle soluciones en el papel, tomando a sus relatos como pretexto, o haciendo de ellos un pretexto.

Pero los años de la dictadura lo marcaron a fuego como a tantos, y de esos años surgieron tres cuentos que incluyó en *Ojos en la noche* —el que comentamos, «Cartas de Nélide» y «Aquí yace insepulto»— y algunos otros que figurarán en su libro póstumo, en los que el tema político surge, más que como un propósito premeditado, como una imposición brutal de esa realidad que él mismo declaró

superior a cualquier fantasía y que, en esos casos, resultó ser una especie de fantasía pesadillesca.

«A Carlos Arévalo Arispe, desaparecido», dice la dedicatoria de «Ojos en la noche». Si la memoria no nos falla, en toda la obra editada de Banchemo hay solo tres relatos dedicados. Los otros son «Un breve verano», dedicado a la memoria de su padre —maravilloso personaje de *Las orillas del mundo*— y «Transfiguración de un gato», con una dedicatoria que puede parecer irreverente mencionar junto a estas otras dos, pero que no lo es: «Al gato del que fui amigo una vez, allá en la infancia». Y no lo es porque en ella asoma, a la cabeza de uno de sus cuentos más hermosos y más escépticos, toda su capacidad de amor volcándose por encima de la dureza de su cáscara, de sus desplantes y sus sarcasmos, de su decepcionada, rebelde e inconformista visión de la naturaleza humana.

Carlos Arévalo Arispe es uno de la triste lista de desaparecidos durante la dictadura, pero es también, para Banchemo, algo muy próximo: tío carnal, hermano de su madre.

Imposible, pues, un tema más cercano, una realidad más inmediata y más sentida. Ponerse a escribir en esas circunstancias es una situación en la que seguramente fracasaría el 90 % de los que lo intentarían. Es difícil no caer en el grito, en el exceso, y hasta en una solemnidad involuntaria, cuando alguien se mete en un tema como este, casi sin distanciamiento temporal, con las heridas aún a flor de piel.

Banchemo sortea todos esos peligros con una sencillez pasmosa y, sobre todo, sin caer en otro peligro, igualmente letal: eludir el melodrama o la simplificación en base a malabarismos técnicos, convertir una trágica historia de la vida —de vida y muerte— en un problema de hipotética y dudosa ciencia literaria.

Nada de eso. El relato se lee de corrido, el lector no tropieza con trampas ni con rebuscamientos técnicos de ninguna especie y, sin embargo, cuando uno lo relea —y es uno de esos cuentos que se pueden releer y releer sin peligro de que se agoten, por el contrario, descubriendo en cada relectura nuevos detalles, nuevos hallazgos— cuando uno lo relea y lo examina con detención, descubre que es una maravilla de técnica escondida, de técnica casi secreta, puesta al servicio de lo que se quiere decir y no encarada como un fin en sí misma o como una ostentación de recursos. [...]

1 1
Llegaron ya avanzada la noche rodando silenciosamente, en punto muerto y con las luces apagadas, por la bajada de adoquines. Quizás nadie los vió o quizás había miradas detrás de las ventanas, de los cercos.

- Esa es la casa- dijo, cloqueó el flaco hombre esposado.

Se detuvieron junto a la vereda de enfrente un poco más abajo uno detrás de otro con una suavidad casi de nube. Cesó el ronroneo de los motores y se apagaron las luces de los tableros.

Al fondo de la casa señalada había luces encendidas y humo.

- ¿Hay reunión? - preguntó el tipo corpulento de perfil, sin volver a mirar al flaco, hablando roncamente por el costado de la boca.

- No se - puchereó el esposado. - De veras no lo se.

- Hijueputa- dijo el otro ocupante del asiento hundiéndole un puño en las costillas.

Esperaron un rato, tratando de esconder ~~los dedos de las~~ en el hueco de las manos las luciérnagas de los cigarrillos que revoloteaban detrás de los parabrisas y los vidrios levantados de las ventanillas.

Por fin el corpulento, el jefe evidentemente, levantó un brazo y miró su reloj pulsera a la pálida luz de las estrellas.

- Es casi medianoche. Vamos- dijo.- Vos ^{quedate} ~~quedate~~ con este hijueputa.

- ¡No quiero verlos!- lloró el hombre flaco.- ¡Por Dios, no quiero verlos! ¡No los traigan aquí!

Escondió la cara entre las manos espesadas, la nuez le temblaba lastimosamente en el pezcuezo delgado, mal afeitado y

tenso como el de un viejo gallo de riña.

- Hijueputa- dijo el otro volviéndole a hundir el puño en las costillas.

Las puertas de los autos se abrieron y volvieron a cerrarse en silencio. El corpulento, el jefe, miró a su alrededor respirando profundamente el aire de la noche. Nadie los veía o quizás había miradas escondidas a lo largo de la calle.

- ¡Vamos!- ordenó roncamente.

Una decena de hombres cruzó la calle silenciosa en tropel, empuñando las armas.

Eran nada más que tres, un viejo, un hombre y un muchacho, casi un chiquilín, rodeando la fogata de un asado. Entre el humo y ~~entre~~ ^{enfumadas} el fondo negro de la noche las gruesas hojas de una higuera estaban suspendidas sobre el brocal de un pezo.

- ¡Quietos, hijos de puta!- bramó el jefe. Los otros se despararon en semicírculo apuntando a las cabezas, a los ojos asombrados.

El viejo se puso de ~~de~~ pie, se incorporó lenta, trabajosamente, con un ruido como de ramitas secas quebrándose en sus articulaciones. Tenía un mate en la mano temblorosa. Los miró de frente, paseó sus ojos, dos rendijas sin color entre un nido de arrugas, sobre aquellos invasores.

- Muchachos...- balbució.- Muchachos: ¿qué pasa?;

- ¿Dónde están las armas, viejo de mierda?- rugió el jefe.

- ¡Las armas tedigo! ¡No me entendés!.

De golpe el rostro envejeció más aún, los ojos ya no miraron nada. Quiso llevarse el mate a la boca pero la bombilla le quedó temblando a la altura del pecho, sus labios parecían querer

succionar hundiendo sus mejillas en el hueco de la boca desdentada, un gesto de infinito desamparo como el de un cadáver.

-¿Las armas?- preguntó temblequeando.

El muchacho, el chiquilín, se asió a su costado saltando por sobre la fogata.

-¡Abuelo!- gritó.-¡Abuelo!

Uno de los tipos le descargó una patada en el culo.

-¡Gaminá guacho de mierda!- ¡Gaminá carajo!

El chiquilín recuperó el equilibrio con dificultad unos pasos más allá, el viejo se tambaleó dejando caer el mate.

- Muchachos...- volvió a decir.

Entonces aparecieron con el hombre esposado, el flaco de ^{galle} riña semiafeitado empujándolo, tirándolo casi a sus pies.

-¿Conocés a este hijueputa?- preguntó el jefe, la voz triunfante, feroz.

El otre tenía la cara hundida entre las manos y las manos semihundidas en la tierra entre las cenizas de la fogata.

- Muchachos...- dijo, suplicó el hombre viejo.

4

Dobló ~~el~~ la esquina del barrio y curda ya de recuerdos buscó, sin darse cuenta, un perfume de glicinas inexistentes en el quieto aire azul de la calle. Allí habían sido jóvenes el y el mundo.

Habían sido cuatro hermanos y sólo ~~el~~ ^{Carlos} se había quedado viviendo en la misma casita, ~~mas de medio siglo hacia~~ ^{hoy, casi medio siglo ya}. Las parras y las enredaderas la habían ido abrazando desde el suelo, como las algas abrazan a una vieja barca hundida en las profundidades marinas, y adentro de la casa y en el corredor emparado el aire era verde como el agua del mar.

Todo había sido arrancado y deshecho. La ventanita desquiciada, con los vidrios rotos, asomaba a la calle una mirada muerta desde la pared pelada; en el parral se marchitaban algunos sarmientos.

Se quedó parado en la vereda con la estúpida, inmemorial expresión humana ante las catástrofes impresa en el rostro. Por fin se decidió a pasar el cerco de madreselvas, lo único que habían respetado, pisando el portoncito de alambre tumbado. Se asomó puerta por puerta al sobrecogedor silencio de las piezas; los pisos habían sido arrancados, el reveque yacía al pie de las paredes en confusos montones polverientos dejando al descubierto los cariaños, ^{ennegrecidos} ladrillos. Ni un mueble. Nada. Sólo polvo y silencio flotando en una luz ahora desnuda, en la cruda luminosidad que entraba por los huecos ^{en} ~~de~~ ^{las} ~~las~~ ^{puertas y} ~~las~~ ^{ventanas}.

Caminó hasta el fondo y se sentó en cuclillas cerca del brocal. Habían cavado todo el terreno abriendo unas fosas profundas. Miró un rato las hojas de la higuera meciéndose

sobre el peze y al fin se asomó por el brocal. En el agua negra, revuelta, flotaban maderas, patas de sillas, restos de muebles y un retrato, uno de aquellos viejos retratos al lápiz, con ^{tan muertos} ropas y peinados antiguos y rostros ~~intemperados~~ como los de las estatuas de los cementerios. Estiró una mano y los dedos alcanzaron a tocar la cartulina empapada que empezó a hundirse lentamente; los ojos ^{al retrato} lo miraron un instante desde un doble más allá. Entonces salió a la calle y se puso a caminar como un berracho.

- ¡Don Emilio! ¡Don Emilio! - susurró una vez detrás de un cerco, *cuando hubo dado unos pocos pasos*

- ¡Don Emilio! - repitió la mujer y entre las hojas el vió girar los ojos asustados mirando a lo largo de la calle. *de una curules*

- Estuvieron la otra noche...

- ¿Quiénes?...

- Ellos... - la mujer bajó la voz más aún. - Las conjuntas... Yo le ví todo, se los llevaron a golpes y empujones, Don ^{Carlos} ~~Carlos~~ se cayó al suelo y lo hicieron levantar a patadas. Después vinieron otros y rompieron todo.

- ¡Yo lo ví, Dios mío! - repitió la mujer y se santiguó.

una ampliación en fotos se hizo de algunas fotografías de principios de siglo